

Howard Fast

El zurdo que nunca soltó la pluma

Guillermo Vega Zaragoza

En noviembre pasado se cumplió el centenario del nacimiento de Howard Fast, el prolífico autor y militante comunista que, luego de ser perseguido durante la cacería de brujas del macartismo, vio desatada una etapa de creatividad que lo llevaría a publicar más de cien libros de distintos géneros: novela, cuento, poesía, teatro, memorias, ensayo, periodismo y guion de cine. Guillermo Vega Zaragoza traza una semblanza del potente escritor estadounidense.

I. “NO SOY PROLÍFICO, SÓLO HE ESTADO AQUÍ DURANTE MUCHO TIEMPO”

Entre todo el barullo de los centenarios literarios que se celebraron en 2014, uno pasó casi inadvertido: el del escritor norteamericano Howard Fast, quien nació el 11 de noviembre de 1914 y falleció a los 88 años, el 12 de marzo de 2003. Fue autor de más de cien libros de los más diversos géneros (novela histórica, biográfica, policiaca, ciencia ficción, cuento, poesía, teatro, memorias, ensayo, periodismo, guion de cine), con muchos de los cuales tuvo gran éxito de crítica y ventas. No se consideraba un autor prolífico, sino que “simplemente había estado aquí durante mucho tiempo”. Quizás a muchos

les sonará más conocido por la adaptación al cine de su novela *Espartaco*, dirigida por Stanley Kubrick y protagonizada por Kirk Douglas. Fast destacó no sólo por su gran calidad como escritor sino por su pensamiento progresista y libertario, que permeó en su prolífica obra y lo llevó a simpatizar con el Partido Comunista de Estados Unidos, lo que por un tiempo lo convirtió en un autor perseguido y censurado, e incluso fue encarcelado durante la cacería de brujas del macartismo.

Howard Melvin Fast nació en la ciudad de Nueva York, el cuarto hijo de una pareja de inmigrantes: el ucraniano Barney Fastovsky (cuyo apellido fue recortado a Fast por los oficiales de inmigración) y la lituana Ida Miller, quien murió cuando Howard apenas contaba con

ocho años y medio. El viudo Barney se rompía el lomo trabajando como obrero para mantener a su prole, así que se convirtió en una figura distante y ausente, por lo que los chicos aprendieron a apoyarse entre ellos y a arreglárselas por sí mismos, para ganarse el pan y sobrevivir en el ambiente de antisemitismo que predominaba en el barrio. Quizá de ahí se desprenda la importancia que Fast le daría en muchas de sus obras a la noción de “hermandad entre los hombres” para hacer frente a las adversidades e injusticias de la vida.

Al ser zurdo, en la escuela obligaban a Howard a escribir con la mano derecha, así que no le agradaban mucho las clases, por lo que se refugiaba por horas en la Biblioteca Pública de Nueva York, donde se volvió un lector omnívoro, que lo mismo engullía obras de Robert Louis Stevenson, George Bernard Shaw y William Shakespeare, que *La teoría de la clase ociosa* de Thorstein Veblen y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Federico Engels. Cautivado por estos modelos, a los quince años decidió convertirse en escritor. En *Being Red (Ser rojo)*, sus memorias publicadas en 1990, Fast se describe a esa edad como “uno de esos disidentes irritantes, imposibles, inseguros e inquisitivos, llenos de ira, inventiva y opiniones extravagantes, que nada aceptan y conducen a sus pares a discusiones encarnizadas, y desesperan y hacen enojar a los mayores”.

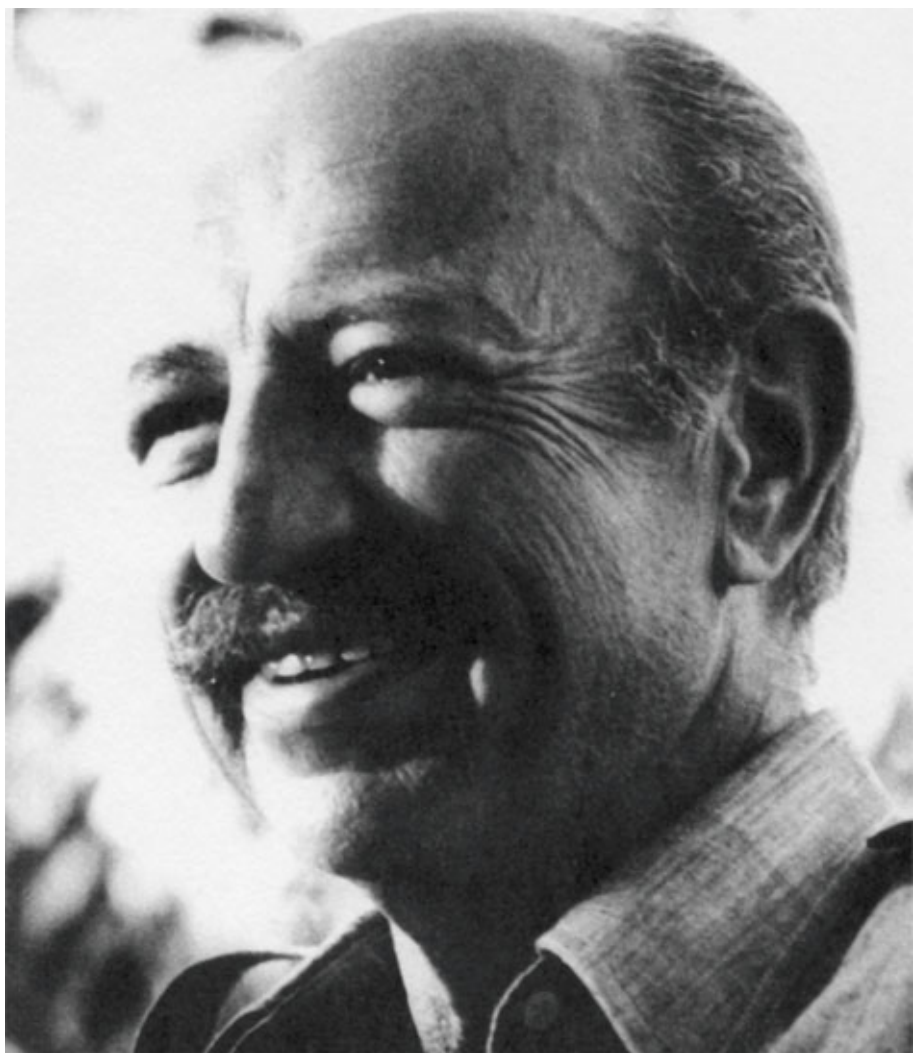
A los 17 años ingresó a la National Academy, una prestigiada escuela de arte de la ciudad. Ahí empezó la estricta disciplina que lo acompañaría toda la vida, levantándose a las seis de la mañana para escribir a máquina con dos dedos por lo menos durante dos horas todos los días. Al poco tiempo, ya tenía listos varias docenas de relatos. Por el primer cuento que le publicaron, uno de ciencia ficción titulado “Wrath of the Purple” (“La ira del púrpura”), en la revista *Amazing Stories* en octubre de 1932, le pagaron 37 dólares, que en esa época era una buena cantidad de pasta.

Para entonces Fast trabajaba en la Biblioteca Pública recogiendo libros atrasados, escribió dos novelas impublishables, trataba de entenderle a *El capital* y leyó con avidez *El manifiesto comunista* y *Diez días que estremecieron al mundo* de John Reed. Al poco tiempo abandonó la escuela de arte, renunció a la biblioteca y se empezó a juntar con camaradas de ideas izquierdistas. A los 18 años se embarcó junto con un amigo en un viaje de aventón por los estados del sur, donde entró en contacto con la dura realidad de los trabajadores más pobres. De regreso en Nueva York consiguió trabajo como vendedor y se puso a escribir de seis a ocho horas al día. La sexta novela que terminó, titulada *Two Valleys*, fue aceptada y publicada por la editorial Dial Press en 1933. Por ella, a los 19 años, obtuvo el Bread Loaf Writers Conference Award. Publicó otras dos novelas más, pero fue criticado por sus amigos de izquierda, quienes con-

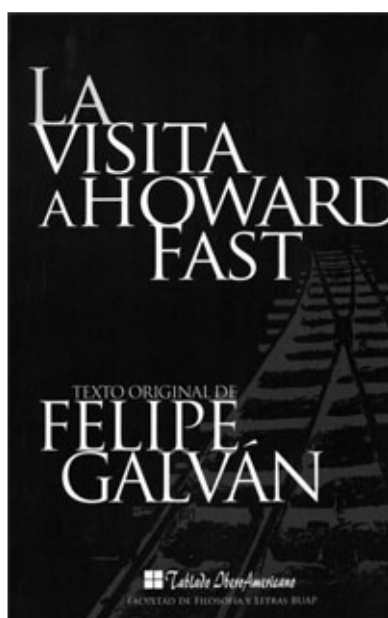
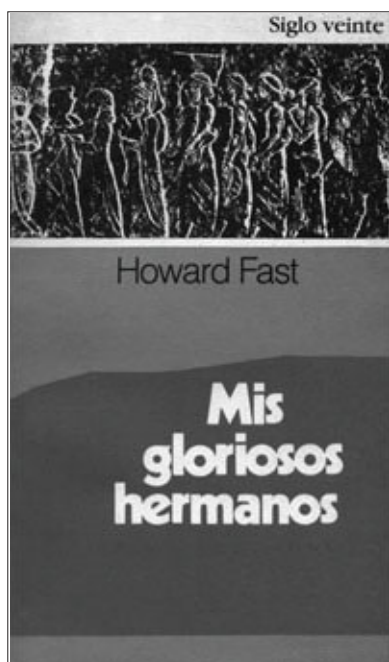
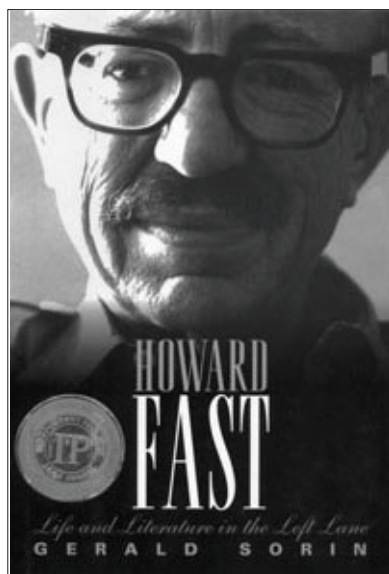
sideraban que eran meros “cuentos de hadas”, cuando como autor de la clase trabajadora debería estar escribiendo sobre la depresión económica y la vida del proletariado. Estas críticas lo afectaron profundamente, por lo que decidió ponerse a investigar acerca de la revolución de independencia norteamericana para “tratar de averiguar lo que en verdad había sucedido y evitar otro cuento de hadas”, reconocería muchos años después en sus memorias.

Por esa época conoció a Bette Cohen, su esposa y compañera durante 57 años, con quien concibió dos hijos, Jonathan y Rachel. Para ganar más, Howard empezó a colaborar en varias revistas y siguió publicando novelas, con riguroso trasfondo histórico, como *Conceived in Liberty: a novel of Valley Forge* (1939, sobre la revolución de independencia), *The Last Frontier (La última frontera)*, 1941, sobre el exterminio de los indios cheyennes y *The Unvanquished* (1942, sobre la Segunda Guerra Mundial), las cuales fueron bien recibidas por los críticos literarios.

Paradójicamente, casi al mismo tiempo que consiguió en 1942 un trabajo fijo escribiendo propaganda en la Oficina de Información de Guerra y en la Voz de América, la estación de radio del gobierno de Estados Unidos, Fast se fue involucrando cada vez más en el



Howard Fast



círculo de militantes comunistas de Nueva York. La verdad es que Fast no militaba entonces oficialmente en el Partido Comunista, pero sus amistades y su activismo llevaron a identificarlo erróneamente como “miembro con credencial”, lo que le acarrearía penurias y dificultades durante décadas.

Debido a sus conocimientos históricos, le fue encargada la redacción de noticieros y panfletos patrióticos, los cuales Fast acometía con verdadera pasión, pues consideraba que la estación era “la voz de la esperanza y salvación de la humanidad, la voz de mi bello y maravilloso país, que pondrá fin al fascismo y reconstruirá el mundo”. En *Howard Fast. A Critical Companion* (Greenwood Press, 1996), Andrew Macdonald destaca que “la ironía del futuro comunista escogido como vocero del gobierno y el ejército de Estados Unidos no se pierde al mirar retrospectivamente su trabajo... Las creencias políticas de Fast lo llevaron a criticar muchos aspectos de la cultura americana, aunque el patriotismo puro e idealista expresado aquí es consistente a lo largo de su carrera como autor”.

Aun más paradójico fue el hecho de que aunado al inmenso éxito que tuvo su novela biográfica *Citizen Tom Paine* (*El ciudadano Tom Paine*, 1943), sobre el significativo revolucionario norteamericano, el FBI aconsejó al Departamento de Estado que no se le concediera pasaporte debido a su simpatía y conexiones con el Partido Comunista. Fast negó que las tuviera y renunció a su trabajo, en enero de 1944, sumamente enojado. Sin embargo, al viajar a Hollywood para negociar una probable versión fílmica de su *Tom Paine*, Fast conoció a varios simpatizantes comunistas en el medio cinematográfico, quienes le pidieron que se uniera al Partido, lo que hizo por fin, pero sin que mediara credencial alguna, solamente de palabra.

No obstante, al mismo tiempo, su éxito literario adquiría dimensiones insospechadas, sobre todo con la aparición de *Freedom Road* (*Camino de libertad*, 1944), la historia de Gideon Jackson, esclavo liberado que peleó en la Guerra Civil y logró su libertad, pero al regresar a su pueblo se da cuenta de que tiene que seguir luchando, ahora políticamente, para superar los prejuicios y el racismo. Macdonald apunta que esta novela ha sido traducida a 82 idiomas y que en su época los soviéticos la consideraron el libro más publicado y leído del siglo xx. Lo cierto es que a la fecha se sigue reimprimiendo, hasta en versiones piratas, así que debe de haber sido reproducida por millones en todo el mundo durante estos 70 años.

Fast logró viajar fuera del país como corresponsal de guerra de las revistas *Esquire* y *Coronet*, visitando China, Burma e India, cuando el conflicto bélico prácticamente ya había concluido. Todas esas experiencias serían aprovechadas más adelante en novelas como *My Glo-*

rious Brothers (*Mis gloriosos hermanos*, 1948, sobre los macabeos y la fundación de Israel) y *The Pledge* (1988, sobre la hambruna provocada por los colonialistas ingleses para aplacar el movimiento independentista en la India).

II. CENSURADO, PERSEGUIDO Y ENCARCELADO

De regreso en Estados Unidos, una vez terminada la guerra, el anticomunismo entró en su etapa más cruda. Fast fue citado a declarar ante el Comité de Actividades Antinorteamericanas del senador Joseph McCarthy, debido al apoyo que le dio a una organización antifascista de ayuda a refugiados y desplazados por la Guerra Civil española. Fast testificó y puso en su lugar con firmeza y elegancia a los miembros del comité, así que luego del juicio, llevado a cabo en 1947, Fast y otros miembros de la organización fueron declarados culpables de desacato ante el Congreso por negarse a dar nombres de las personas que habían contribuido a la causa de los españoles. Debido a las diversas apelaciones, el cumplimiento de la sentencia de tres meses de cárcel se retrasó hasta la primavera de 1950.

Sin embargo, el gobierno no le quitaba la atención ni un momento. Las cosas se empezaron a complicar al grado de que su agente literario le pidió que escribiera bajo seudónimo, pues las revistas se negaban a publicarlo. Su nombre fue borrado de listas de premios, se le impidió dar conferencias en colegios y el director del FBI, J. Edgar Hoover, trató de que retiraran su libro sobre Tom Paine de las escuelas y las bibliotecas públicas. Fast se enteró años después de que su expediente en el FBI había alcanzado las once mil páginas y compilarlo había costado diez millones de dólares. Se sentía orgulloso de que cada uno de los incidentes registrados fueran ciertos y que ninguno fuera inmoral, ilegal o indecente, sino todo lo contrario.

Finalmente, en junio de 1950, luego de varias apelaciones fallidas, Howard Fast fue internado en una cárcel de Washington, para luego ser transferido a la prisión federal de Mill Point, en West Virginia, donde cumplió su condena.

La experiencia carcelaria de Fast le resultó sumamente significativa. Aunque se trataba de una prisión de mínima seguridad donde convivió con convictos pobres acusados de delitos menores a los que les daba clases de lectura, de marxismo y sobre la *Biblia*, Fast la vivió más como algo indigno que como un castigo y, sobre todo, ahí surgió la idea de la que sería su novela más célebre, *Espartaco*.

A Fast le dio curiosidad saber por qué la organización revolucionaria de Rosa Luxemburgo se llamaba Liga Espartaquista (hay que recordar que luego de ser echa-

do del Partido Comunista Mexicano en 1960, el escritor José Revueltas fundó la Liga Leninista Espartaco, de la que luego también sería expulsado). Fast encontró la respuesta en un viejo libro: *The Ancient Lowly* (*Los humildes antiguos*) de C. Osborne Ward, publicado en 1889. Terminó la novela una vez que hubo salido de la cárcel y se la ofreció a la editorial Little, Brown, que la había dictaminado positivamente, pero el mismísimo J. Edgar Hoover ordenó al presidente de la compañía que no publicara ninguna obra de Howard Fast. Una a una las editoriales más importantes del país se negaron a publicarlo. Finalmente, Double Day aceptó distribuirlo a través de su cadena de librerías si él mismo lo editaba. Así empezó Fast a autopublicar sus libros y fundó su propia editorial, Blue Heron Press. Contra todo pronóstico, *Espartaco* vendió inicialmente 48,000 ejemplares y otros tantos en versiones piratas, y se tradujo a 56 idiomas. Millones de ejemplares circulan desde entonces en todo el mundo.

Escribió Fast en el prólogo de la primera edición:

Ésta es la historia de Espartaco, que encabezó la gran rebelión de los esclavos contra la República romana en los años finales de ésta. He escrito esta novela porque creo que es una historia importante en el momento que nos ha tocado vivir. No se trata de establecer mecánicamente un paralelismo, sino de que de este episodio se puedan extraer esperanzas y fuerza, y resaltar el hecho de que Espartaco no vivió sólo para su tiempo, sino que su figura constituye un ejemplo para la humanidad de todas las épocas. He escrito este libro para infundir esperanzas y valor a quienes lo lean, y durante el proceso de su escritura yo mismo me sentí con más ilusiones y más coraje.

En *The Encyclopedia of Stanley Kubrick*, de John D. Phillips y Rodney Hill (Facts On File, 2002), se cuenta que el actor y productor Kirk Douglas compró los derechos fílmicos de la novela luego de que lo hubieron rechazado para estelarizar *Ben Hur*, que terminó protagonizando Charlton Heston. Fast escribió su propia versión del guion, pero Douglas consideró que le faltaba “punch dramático” (es decir, escenas para su lucimiento personal), así que prefirió encargárselo en secreto a otro escritor que se hallaba en la lista negra por su filiación izquierdista: Dalton Trumbo. El coproductor Edward Lewis decidió hacerse pasar como autor del guion para que Trumbo pudiera trabajar y cobrar. Aunque Trumbo, al igual que Fast, simpatizaba con la ideología comunista y estuvo en prisión por negarse a cooperar con el macartismo, no se veían como “camaradas” en ningún sentido. Cuando finalmente lo conoció para discutir la adaptación de la novela, Fast no sólo lo consideró “el peor escritor del mundo”, sino que lo descalificó llamándolo “comunista de coctel” y lo reprendió por no

haber impartido clases de marxismo a sus compañeros cuando estuvo en la cárcel. Trumbo, por su parte, tildó a Fast como “un fanático”. Trumbo también tuvo diferencias con Kubrick, quien pensó que el personaje principal del gladiador rebelde era demasiado plano, sin matices. Al final, Fast no obtuvo crédito por el guion, pero aseguraba que había sido responsable directo de al menos la mitad de lo filmado.

Aunque terminó siendo poco apegada al libro, pues la novela tenía una estructura muy intrincada, y a pesar de que el director Kubrick no la consideró entre sus mejores cintas (debido a tanta interferencia de Douglas, que metía su cuchara en todo), *Espartaco* marcó varios hitos: fue una de las películas más caras y taquilleras de su tiempo (12 millones de dólares y ganó 60 millones), logró reunir un reparto multiestelar (Lawrence Olivier, Jean Simmons, Peter Ustinov, Tony Curtis, Charles Laughton), fue nominada a cuatro premios de la Academia (ganó Ustinov como mejor actor de reparto) y, sobre todo, desafió a la censura macartista al utilizar a dos escritores perseguidos como Fast y Trumbo. Como consecuencia, en 1960, año del estreno de la cinta, se terminaron las listas negras en Hollywood.

III. UN COMUNISTA DESENCANTADO

Irónicamente, mientras más se le identificaba como comunista en Estados Unidos, en la Unión Soviética el nombre de Howard Fast fue borrado de los registros literarios una vez que renunció al Partido Comunista en 1957, como consecuencia del “discurso secreto” de Nikita Krushev que reveló los horrores de la represión y las purgas de Stalin. Esa fue la gran gota que derramó el vaso, pues Fast había venido acumulando una buena cantidad de agravios y decepciones con la tibia izquierda norteamericana, cuyas asambleas eran tan comedidas que más bien le parecían “grupos de discusión del Partido Demócrata”, en lugar de ser reuniones de militantes encaminadas a proyectar un verdadero cambio social, aunque reconocía que de los cerca de seis mil miembros que conformaban el partido la gran mayoría eran personas decentes y honorables, de gran talento e idealismo. Ese año Fast publicó *El dios desnudo. El escritor y el Partido Comunista*, donde narra los descabros y las consecuencias de su vida política:

En el tiempo en que estuve preso, mi nombre había aparecido ya muchas veces unido al del Partido Comunista. Y, aunque jamás afirmé públicamente ser miembro, igualmente evité toda negación pública del Partido.

Movimiento tras movimiento, ya se trataba de salvar la vida de un negro condenado en el sur, o de una campaña ante el congreso por el Partido Laborista Americano,

me encontré —dentro de lo que puede serlo un escritor— como representante público del Partido Comunista de los Estados Unidos.

Durante este periodo asistí a la destrucción que se hizo de mí como escritor que tenía acceso al público norteamericano. Poco a poco se produjeron las cosas: las revistas empezaron a sospechar propaganda comunista en las cosas que yo escribía; las librerías no solicitaban mis libros o los distribuían de mala gana; gentes con “celoso espíritu público” procuraron hacer censurar mis libros, y *El ciudadano Tom Paine* fue retirado de las escuelas neoyorquinas, acusado de tener “pasajes subidos de color”. Cuando salí de la cárcel en 1950 empecé a escribir el libro más largo y, para mí, el más importante de mi carrera, *Espartaco*. Cuando lo terminé, año y medio después, había llegado al punto en que mi destrucción ante el público americano era más o menos completa. Siete editoriales importantes rehusaron publicar *Espartaco*. Desesperado, lo publiqué yo mismo, y casualmente se convirtió en uno de los éxitos del año.

En los Estados Unidos quedé mutilado en mi función de escritor. A mi propia costa y con pérdida financiera debí publicar mis propios libros. Desde la riqueza y el éxito relativos, me vi obligado a luchar por mi existencia literaria; gradualmente, mi trabajo continuo iba siendo menos y menos conocido.

Pero fuera de las privaciones, tres hechos son importantes:

1. Continué escribiendo.
2. Continué viviendo.
3. Continué luchando por el derecho inalienable a escribir como se me diera la gana.

Lo detallo tanto, a causa de la experiencia brutal e injustificable de aquella época. Me opuse a la política del gobierno de mi país y no ahorré palabras duras. No solicité cuartel y no me lo dieron; sin embargo, los tres puntos especificados arriba se mantuvieron.

Después de esto, como era de esperarse, los comunistas se le fueron a la yugular, como una jauría de lobos. Resulta representativa la actitud de una personalidad como la de Pablo Neruda, a quien había conocido en París en abril de 1949, durante el Congreso Mundial de Partidarios de la Paz. Allí —cuenta Gerald Sorin en la voluminosa biografía *Howard Fast. Life and Literature in The Left Lane* (Indiana University Press, 2012)— fue presentado como “uno de los más grandes escritores de Estados Unidos”, y luego de dar su discurso ante personalidades como Pablo Picasso (quien lo recibió con un beso en la boca), Paul Éluard, Louis Aragon, Diego Rivera, Mijail Shólojov, Lázaro Cárdenas, Nicolás Guillén e Italo Calvino, Howard sintió que se había convertido en “un héroe de algunas de las mentes líderes de la Tierra”. Fast luego publicó un artículo en español en la

revista chilena *Pro Arte*, donde dijo: “Creo que fue el día en que Pablo Neruda entró al escenario del Congreso que la magnitud de las fuerzas del genio, el talento y el intelecto se volvieron más claras que nunca para mí”.

En julio de 1950, mientras estaba en la cárcel, Fast se enteró de que Neruda le había escrito un poema titulado simplemente “A Howard Fast”. Su nieta Molly Jong-Fast, hija de Jonathan y de la escritora Erica Jong, escribió en sus memorias (*Girl [Maladjusted]: True Stories from a Semi-Celebrity Childhood*, Villard, 2006) que le parecía “por mucho, el peor poema de Neruda”, e ironizó: “El comunismo no se traduce en buena poesía, aunque sí se traduce en un buen fondo para las películas de James Bond”. El poema permanecería inédito hasta 1958, cuando Neruda lo publicó en México en el diario *El Popular* (se puede leer en la antología *A éstos yo canto y yo nombro*, FCE, 2004). Como fuera, Fast agradeció las buenas intenciones y el apoyo de Neruda. Más tarde, en 1953, Neruda y Fast recibieron conjuntamente el Premio Stalin de la Paz entre los Pueblos y se cartearon durante 1955, hasta que Howard renunció públicamente al Partido Comunista en 1957 y en una conferencia en junio de 1958 en Chile, Neruda —que era un furibundo stalinista— renegó de él en estos términos: “Había en Howard Fast dos hombres. Un niño y un viejo. De pronto el viejo se fue achicando hasta ponerse pantalones de niño y a pensar como un niño asustado. Estoy con el Fast de antes, no con el que ahora juega en el mismo equipo de rugby de Foster Dulles... Puede toda una nación abandonar la lucha por una causa, pueden otros escritores renegar de una idea que han llevado toda su vida, pero Pablo Neruda no dejará jamás de ser comunista” (como lo registró David Schidlowsky en *Neruda y su tiempo: las furias y las penas*, Ril Editores, 2008).

Así, a los 42 años, Fast sintió que se cerraba uno de los capítulos más importantes de su vida y empezó uno nuevo que duraría otro tanto, dedicado totalmente a la escritura. Consideraba que su salida del Partido Comunista detonó una “explosión” de creatividad que mantenía reprimida. Y no exageraba: a partir de entonces publicó más de 60 novelas, entre otros trabajos mayores. De hecho ni el propio Fast estaba seguro de cuántos libros había publicado, debido a los cambios de título y a los diferentes seudónimos que utilizó, primero como Walter Ericson y luego como E. V. Cunningham. Andrew Macdonald calcula que, hasta 1996, debieron de haberse vendido más de 80 millones de ejemplares de sus libros.

Como bien lo señaló Eric Homberger en el obituario de *The Guardian*, a pesar de todo, “Fast nunca se convirtió en un anticomunista profesional. Había muchas novelas y libros que escribir, y mucho que decir acerca de la libertad”. Sin las presiones de la vida política, Fast se mudó a California, para luego regresar a la costa este,



Howard Fast, su esposa Bette y su hija Rachel, 1948

a Connecticut, donde residiría hasta su muerte. Abrazó el budismo y se dedicó a viajar por el país. Se alejó de la mirada pública, dando unas pocas entrevistas. Durante los años sesenta y setenta, bajo el pseudónimo de E. V. Cunningham, se dedicó a escribir novelas policíacas y de suspenso. Para una serie, creó el personaje de Masao Masuto, un detective americano-japonés en cuyas aventuras combinaba la meditación budista con el raciocinio holmesiano, para criticar ciertos aspectos de la sociedad americana, sobre todo de los ricachones californianos. Para otra serie, escogió personajes femeninos, pero desde una perspectiva poco usual para la época: las dotó de atributos y recursos. Las heroínas de cada una de estas novelas (Sylvia, Phyllis, Alice, Lydia, Shirley, Penelope, Helen, Margie, Sally, Samantha, Cynthia y Millie) son inteligentes, valientes, arrojadas, con agallas.

Paralelamente, Fast siguió publicando novelas históricas bajo su propio nombre. En una entrevista de 1994, afirmó: “No importa qué dirección tome mi escritura, nunca podré dejar de tener una perspectiva social y una posición contra la hipocresía y la opresión. Este

es un tema que corre a lo largo de toda mi obra”. Creó la saga de la familia Lavette (*Los inmigrantes, Segunda generación, El sistema, El legado y La hija del inmigrante*), que se convirtieron en *best-sellers*; por lo mismo fueron traducidos al español y son de sus libros más asequibles. Ya en los noventa, Fast publicó otras seis novelas, cantidad bastante aceptable para cualquier escritor, pero extraordinaria para un octogenario que se mantuvo activo hasta el final. En 2000 apareció su última novela, *Greenwich*, una intriga política situada en la epónima población de Connecticut.

IV. LOS ARTISTAS DEBEN SER MOLESTOS

Fast tuvo una relación cercana con México, al grado de que en 1954, en pleno acoso persecutorio del gobierno, que lo mantenía vigilado y espiaba su teléfono, pensó seriamente en radicar en nuestro país. En aquel entonces Fast padecía fuertes dolores de cabeza —que después serían identificados como jaqueca en racimos—, por lo que viajó a Cuernavaca, Morelos, para tratar de descansar un poco. Howard y Bette se enamoraron del bello paisaje mexicano y de su gente, aunque él se aburría pronto y extrañaba el ambiente intelectual de Nueva York. No obstante, se inspiró para escribir un relato “Christ in Cuernavaca”, que apareció en la revista *Esquire*, en diciembre de 1959 como “The Man Who Looked Like Jesus”. Recibían visitas de personajes como David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera, a este último lo había conocido en el congreso de París. En una de tantas tertulias, con tequila y café con leche —cuenta Gerald Sorin—, Rivera le dijo a Fast que “los artistas *deben* ser molestos”. Así, redujo la estancia que tenía planeada por tres meses y regresó a Estados Unidos a seguir *molestando* a las buenas conciencias de su país.

Personalmente, entré en contacto con la obra de Howard Fast hace ya 30 años, por un artículo de Paco Ignacio Taibo II en la revista *Encuentro de la Juventud*, que editaba el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (Crea, que después se convertiría en el Instituto Mexicano de la Juventud). No obstante, entonces como ahora, las relativamente pocas traducciones al español que se han hecho de los libros de Fast son muy difíciles de conseguir, sólo en librerías de viejo y a veces ni ahí. Taibo II es uno de los más entusiastas admiradores de la obra de Fast en México, al grado de que ha promovido la reedición de algunos de sus libros, como *La pasión de Sacco y Vanzetti* y *La última frontera*, para distribuirlos gratuitamente en forma masiva (con tirajes de 20 mil ejemplares) a través del Colectivo Cultural Para Leer en Libertad.

En uno de los pocos textos publicados en México que recordaron el centenario de su nacimiento, en entrevis-

ta al diario *La Jornada*, Taibo II destacó que “Howard Fast fue un hombre muy prolífico con una tremenda obra, un excelente historiador, con rigor, atento a las minucias y el detalle, con una habilidad notable para construir personajes colectivos”. Y resaltó: “Fast reúne como escritor tantas cosas que estimo y admiro: la manera de envejecer con talento y dignidad; la solidez de sus investigaciones históricas, lo bien contadas que están sus novelas; tiene muy claro que en la literatura la factura y la técnica son instrumentos para construir la anécdota, un genuino contador de historias. No hay en ninguno de los libros de Fast una vocación experimental, pero sí hay una vocación narrativa potente. Sigue planteando lo que han propuesto los autores a lo largo de siglos: cuéntalo bien, cuenta la verdad; nájalo bien, narra la verdad”. Por todo ello —afirmó el novelista e historiador—, “hay que volverlo a leer, hay que volverlo a publicar. Sigue siendo un autor de izquierda potente”.

A principios de la década del dos mil, Taibo II le había perdido la pista a Howard Fast y creía que ya había muerto. Un editor de Nueva York lo sacó del error: Fast aún vivía y estaba por reeditar un par de sus novelas. Le dio el teléfono de su casa en Connecticut. En un artículo publicado en *La Jornada* al día siguiente de su muerte, Taibo II contó:

Hace seis meses mantuve una larga serie de llamadas telefónicas con él. Quería hacerle un homenaje en la Semana Negra y aproveché para contarle las lecturas de sus libros que había hecho mi generación. Lo convencí, pero no convencí a su médico. Nos mandó un mensaje grabado. Nos despedimos quedando en que en los primeros días de mayo pasaría a verlo. Dijo que me esperaba en la estación del tren, con su automóvil, que si yo lo reconocería. Dije que tenía en mi casa una foto suya de un mitin en los años 40, dijo que no había cambiado demasiado.

La cita se pospuso dos meses. Acordaron que el propio escritor estadounidense viajaría a México para reunirse con Taibo II. Sin embargo, unas semanas antes del encuentro, Howard Fast falleció. ¿Qué habría pasado si Taibo II hubiera cumplido su sueño de conocer en persona a su autor más admirado? Eso inspiró al dramaturgo, narrador y maestro universitario Felipe Galván para escribir una libérrima y juguetona novela titulada precisamente *La visita a Howard Fast* (Tablado Iberoamericano/Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, 2010), donde ambos escritores se encuentran por fin, pero no sólo eso sino que también se aparece el mismísimo Espartaco y Fast es enjuiciado por los personajes de Walt Disney.

Pocos autores se podrían vanagloriar de provocar tales demostraciones de veneración y fervor literario. Y de formar tan buenos alumnos en el arte de ser molestos. **U**